

y apoyado por dos regimientos de la división de Claparede, toma las alturas de más allá del pueblo; mas no sosteniéndole el resto del noveno cuerpo, se ve obligado á abandonarlas. Lleno de buena voluntad Loissón, bien que extraviado en su marcha y echando por la derecha en vez de tomar á la izquierda, se halla inútilmente detenido por un barranco que le separa de Fuentes de Oñoro.

Así transcurre buena parte del día, y las ventajas alcanzadas por la caballería y por la brigada de Maucune quedan sin fruto; mas para repararlo todo, allí está el invencible tesón de Massena. Corriendo de Montbrún á Loissón, reconoce la falta cometida: ordena á Loissón, que apoye á la izquierda, hacia donde Montbrún se halla; hace que por entre Montbrún y Loissón avance Solignac, y se propone atacar á fondo la derecha de los ingleses, compuesta de las dos divisiones de Spéncer y de Crawford, de los portugueses y la caballería. Aun cuando esta línea es formidable, no desespera de romperla con las divisiones de Marchand, de Mermet y de Solignac con la heroica caballería de Montbrún, y más teniendo Drouet orden de tentar un esfuerzo desesperado sobre Fuentes de Oñoro y Reynier de atacar vigorosamente á Alameda. Del ardimiento de Massena participan las tropas, confiadas siempre en el triunfo y anhelantes por acabar á todo trance con aquel ejército de ingleses, que por tiempo tan largo ha conseguido esterilizar sus esfuerzos, ya detrás de las rocas de Busaco, ya detrás de las líneas de Torres-Vedras.

En ocasiones tales se ostentan con todo su poder el juicio seguro y el carácter obstinado de Massena: Montbrún, Loissón, Marchand, Mermet, no ansían más que darle ayuda; pero en el momento de renovar el ataque y de decidir la victoria con un postrer golpe de energía, el general Eblé llega á anunciar dolorosamente que no quedan sino pocos cartuchos por no haberlos Bessieres llevado, ni haber servido sus tiros de caballerías sino para presentar algunas bocas de fuego más sobre el campo de batalla. Se calcula que, reuniendo todo lo que aún existe, apenas tendrá cada soldado treinta cartuchos, con los cuales no hay bastantes para un combate que ha de ser desesperado por parte de los ingleses, y menos si, no siendo decisiva la jornada, hay que continuar lidiando para retirarse ó para perseguir al enemigo. Ante dificultad tamaña y más determinante que cualquiera otra, no se desalienta Massena, y resígnase á aguardar la mañana del día siguiente, contando con que los ingleses no habrán mudado de posición y seguro de que no habrán sido reforzados, por ser Picton indispensable con la tercera división en Fuentes de Oñoro, Campbell con la sexta en Alameda, Dunlop en el fuerte de la Concepción con la quinta. A otro día por la mañana sólo tendrá delante á Crawford, á Spéncer y á los portugueses, y está resuelto á descargarles uno de aquellos terribles golpes de que había ya dado muestras en Rívoli, en Zurich, en Caldiero (1). De consiguiente, se atempera á aquellas pocas horas de reposo que le han de proporcionar municiones, y así manda enviar á toda prisa los tiros de Bessieres á Ciudad Rodrigo para que traigan víveres y cartuchos y se distribuya á las tropas una parte del convoy destinado á Almeida. Pero

(1) Caldiero en 1805.

(N. del A.)

alegando Bessieres la triste razón del cansancio de sus tiros, que han caminado sin parar muchos días, que no podrán arrastrar el peso que se les cargue, resiste hasta el punto de encolerizar á Massena. Algo rendida parecía desde la retirada de Portugal la fortuna del veterano. Seis meses antes no se le hubiera contradicho. ¡Y hoy se le resistía sin rebozo! ¿Qué hacer en aquel trance? ¿Por ventura debe romper Massena la espada de Bessieres, después de haber roto la de Ney? Dificultades hay ante las cuales necesitan retroceder los caracteres más vigorosos. Por evitar nuevos escándalos consiente Massena en dilatar para el día siguiente por la mañana el envío de sus cajones á Ciudad Rodrigo y duerme sobre el campo de batalla con sus tropas, vivaqueando á tiro de fusil de los ingleses y comiendo los víveres preparados para Almeida.

Tal fué esta batalla de Fuentes de Oñoro, que de resultados de tantos obstáculos y contrariedades imprevisas y actos de mala voluntad, quedó indecisa, y que la bizarría de las tropas y las hábiles disposiciones de Massena, siendo apoyadas, hubieran convertido en una victoria insigne, decisiva para España y probablemente para Europa. Al día siguiente, 6, siempre resuelto Massena á volver á empezar la lucha, empleó las horas en recorrer el campo de batalla, mientras se iban á buscar municiones á Ciudad Rodrigo. Singular era la posición de los dos ejércitos entonces. Subiendo desde Alameda á Fuentes de Oñoro formaban los cuerpos de Reynier y de Drouet una línea continua, opuesta de frente al ejército inglés á lo largo del Dos Casas. Nuestra línea se había plegado en Fuentes de Oñoro, y formando un ángulo casi recto tenía bloqueada más allá del Dos Casas el ala derecha de los ingleses replegada sobre el centro. En este último punto había lord Wellington acumulado sus mejores tropas, y suplió la fuerza del sitio con la del arte. Aun estando cansadísimo sus soldados ocupóles toda la noche en levantar atrinchamientos: hizo barrear la parte alta de Fuentes de Oñoro: entre Fuentes de Oñoro y Villa-Formosa, aldea situada en la hondonada del Turones, no habiendo obstáculos naturales, creólos con montones de tierra, con derribos é inmensa copia de artillería; por último, así en Villa-Formosa como en Fuentes de Oñoro multiplicó barricadas, cañones y defensas de todas clases.

Detrás de la línea transversal, que iba del Dos Casas al Turones y se extendía tres cuartos de legua á lo sumo, tenía cuatro divisiones, la séptima, la primera, la tercera y la ligera, con los portugueses é innumerable artillería. Con dolor vió Massena que el tiempo, dedicado á hacer descansar los tiros de Bessieres, era mejor empleado por el enemigo, y que la línea artificial creada durante la noche iba á ser tan formidable como la que la naturaleza había creado en el frente de Fuentes de Oñoro y Alameda, ahondando el lecho profundo del Dos Casas. Así y todo estaba determinado á lanzarse otra vez á la pelea, fiando en el ardimiento de sus tropas. Mas los generales Fririón, Lazowski, Eblé, tan adictos á su persona como al honor de las armas, le revelaron tristes verdades que él procuraba disimularse en vano, y repitieronle que muchos oficiales, fatigados unos, destinados otros á servir en ejércitos diferentes ó en vísperas de tomar su licencia, no estaban muy resueltos á cumplir sus deberes para que se pudiera tentar con seguridad

un esfuerzo desesperado. Reynier, dotado de tanto saber y de valor tan verdadero, no valía nada cuando se apoderaba de su espíritu la zozobra, y á la sazón imaginaba tener á todo el ejército inglés encima. Drouet, próximo á partir al ejército de Andalucía, juzgaba haber pagado sobradamente su deuda al ejército de Portugal, comprometiendo á las órdenes del bizarro general Gerard dos regimientos. Bessieres era incomprensible, y se portaba con Massena como un ambicioso ante una fortuna que declina. Disuadióse, pues, al general en jefe, haciendo obrar sobre su ánimo la única influencia capaz de vencer á un carácter entero, el consejo de ceder dado por amigos ilustrados, adictos y concordes.

Destinado á no sacar más que pesares en esta campaña, se decidió Massena por uno de los dos partidos que Napoleón había dejado á su elección, el que le agradaba menos, y consistía en hacer saltar la plaza de Almeida en vez de avituallarla. A mayor abundamiento, el convoy que allí debía trasladarse ya estaba medio gastado por los mismos encargados de introducirlo, y tenían que consumir el resto para retirarse. No había más arbitrio que destruir á Almeida, donde todo estaba preparado para la ruina total de las fortificaciones. Una orden bastaba con el fin de que se realizara este designio, mas por entre el ejército inglés era necesario llevarla. Massena requirió hombres que se prestaran á hacer voluntariamente tamaño servicio, y se presentaron tres, cuyos nombres debe conservar la historia, y fueron Zaniboni, cabo del 76 de línea; Noel Lami, soldado cantinero de la división de Ferrey, y Andrés Tillet, cazador del 6.º ligero. Cada cual llevaba al general Brenier la orden de hacer saltar la plaza y de abrirse luego paso por entre la línea de puestos ingleses hasta el puente de Barba del Puerco sobre el Águeda. Al segundo cuerpo, formando la extrema izquierda del ejército francés, tocaba avanzar hacia aquel puente para recoger á la guarnición fugitiva. Se había intimado al general Brenier que disparara cien cañonazos de grueso calibre para anunciar que había recibido la orden del general en jefe.

A otro día, que era el 7, no acabándose de determinar Massena á dejar el campo de batalla, y meditando siempre en volver á empezar el ataque si se presentaba la coyuntura, se mantuvo en posición delante de los ingleses. Éstos, aterrados por la formidable lid que habían sustentado y por la que preveían, se sostuvieron inmóviles detrás de sus trincheras, y Massena, corriendo por delante de ellas á caballo, como un león delante de los cercados que no puede salvar, parecía el vencedor en aquella jornada. Al caer la tarde del 7, oyéronse los cien cañonazos que atestiguaban la transmisión de la orden enviada á Almeida. De los tres mensajeros, Andrés Tillet, el solo que había partido sin disfraz alguno, con su uniforme y su sable, fué quien llegó cerca del general Brenier y pudo desempeñar su encargo.

Para dar tiempo al general Brenier de consumir la destrucción de Almeida, fingió Massena el día 8 estrechar más de cerca las líneas inglesas, y trasladó la división de Solignac detrás del cuerpo de Drouet, como si fuera á ejecutar un ataque sobre el centro del enemigo. Aun se mantuvo en posición el día 9, simulando siempre un movimiento ofensivo, y manteniéndose cuidadosamente los ingleses dentro de sus líneas, acumu-

lando allí los medios de defensa y no dando con el cálculo del general francés de ningún modo.

Por último, comenzando el día 10 á murmurar las tropas, á imitación de algunos de sus jefes, de resultas de detenerlas infructuosamente delante del enemigo, como que ignoraban la intención de Massena, y anunciando todo además que el general Brenier había tenido tiempo de tomar sus disposiciones, consintió al fin el caudillo en la retirada sobre el Águeda. Volviendo el ejército caras, dirigióse Drouet por la derecha á Espeja, por el centro marcharon los cuerpos sexto y octavo á Ciudad-Rodrigo en derechura, Reynier aproximóse por la izquierda al puente de Barba del Puerco, donde debía recoger á la guarnición de Almeida si conseguía abrirse paso, y finalmente Montbrún cubrió la retirada con su caballería. No nos siguieron los ingleses sino con circunspección suma, fijándose en el grueso del ejército su atención toda, y de ninguna manera en Almeida por considerarla abandonada á sus fuerzas propias y condeñada de consiguiente á una rendición inmediata. Sólo el general Campbell, encargado de observar á Reynier, le siguió á distancia y sin vigilar el puente de Barba del Puerco.

A media noche oyó el ejército durante su marcha una explosión sorda, y supo de este modo que la plaza de Almeida había sido destruída. Con el fin de que recogiera á la guarnición, dejó Reynier al general Heudelet delante del puente de Barba del Puerco. Se la aguardó con viva ansiedad el día siguiente, porque para presentarse junto al Águeda tenía que andar ocho ó nueve leguas, y no podía llegar hasta el día 11. Conocida merece ser su historia, pues ofrece una de las aventuras más extraordinarias de nuestras largas guerras.

De muy atrás había minado el general Brenier las principales obras de la plaza, y no aguardaba más que una orden de prenderlas fuego. Habiéndole llegado el 7 por la noche, hizo tirar todos sus cartuchos á los fosos, serrar las cureñas, disparar á bala sobre las bocas de los cañones para inutilizarlos, y por último, cargar los hornillos de mina. Ya la noche del 10 estaban acabados todos sus preparativos, por lo que reunió su escasa guarnición, que ascendía como á mil quinientos hombres, le anunció que iban á abandonar la plaza y á salvarse por entre las masas enemigas. Esta nueva agradó mucho á la temeridad de nuestros soldados, que se cansaban de estar de guarnición en un país lejano y hostil, bajo la continua amenaza de morir de hambre ó de ser prisioneros de guerra, y todos se aprestaron á operar prodigios. A las diez de la noche empuñaron las armas. Detrás dejó el general Brenier á Morlet, jefe del batallón de ingenieros, con doscientos zapadores para prender fuego á las minas é incorporarse de seguida por una senda extraviada. De la plaza salieron por la parte menos observada, la que llevaba á orillas del Águeda. Más de dos leguas anduvieron sin descubrir al enemigo: al cabo de ellas encontraron las avanzadas de la división de Campbell y de la brigada portuguesa de Pack, que fueron arrolladas. Brenier tuvo la ingeniosa idea de hacer que le siguiera un convoy, en cuyo saqueo se cebaron los portugueses, dejándonos así libre el paso. Con todo, el general Pack nos siguió al frente de la caballería del general Cotton. Al amanecer llegó Brenier á Villa de Cuervos, no lejos de Barba del Puer-

co, y recogió al bravo Morlet y á sus zapadores, quienes después de poner fuego á las minas lograron forzar también la línea de los puestos contrarios. Al acercarse á Barba del Puerco, Pack por un lado se puso á disparar contra nuestra bizarra guarnición fugitiva, y Cotton por otra á cargarla á sablazos. A todos estos ataques hizo cara, y ganó, en fin, la entrada de un desfiladero practicado entre las profundas excavaciones de una cantera. Allí logró salvarse, echándose en brazos de las tropas de Heudelet, que corrieron á su encuentro. Por desgracia, para cruzar el desfiladero tuvo que alargarse la columna, y su cola quedó á alcance de los jinetes ingleses. Doscientos ó trescientos hombres fueron cortados, pero se desparramaron á una y otra parte con el fin de ganar las orillas del Águeda por otros caminos.

Algunos cayeron en un precipicio y allí arrastraron á los portugueses encarnizados en perseguirles; algunos otros se quedaron atrás y fueron cogidos por los ingleses. Así, excepto doscientos á lo sumo, esta heroica guarnición se salvó burlando los cálculos de los contrarios y entregándoles una plaza destruída. Cuéntase que al saber lord Wéllington este hecho tan extraordinario, dijo que la proeza del general Brenier valía una victoria. Se concibe esta exageración inspirada por el despecho, pues era desagradabilísimo y hasta humillante dejar destruir antes sus ojos y ya casi en sus manos una plaza que estaba en vísperas de recuperar y cuya posesión hubiera anulado el valor de Ciudad Rodrigo. Lord Wéllington, con una injusticia poco digna de él, achacó el contratiempo al general Campbell, no más culpable á la verdad que el resto del ejército y que el mismo general en jefe, pues nadie en el campo británico había previsto que tal fuese el desenlace de esta corta campaña, y sea dicho que era muy difícil de prever para excusa de todos.

Continuando Massena su retirada, dejó en Ciudad Rodrigo el resto del convoy destinado á Almeida y algunos granos más, recogidos durante el movimiento de las tropas, con lo que aseguró á la plaza víveres para cuatro meses, renovó y reforzó su guarnición, y finalmente volvió á Salamanca para dar allí descanso al ejército y reorganizarlo. Con su tesón característico y en conformidad de sus instrucciones quería no perder de vista á los ingleses y bajar con ellos al Tajo si hacían ademán de marchar contra Badajoz. Por de pronto, aunque muy mal apoyado por sus lugartenientes, había conseguido su objeto, que era salvar las plazas de la frontera española, avituallándolas ó destruyéndolas; contener y retener á los ingleses, impedirles enviar la mayor parte de sus fuerzas á Extremadura, y, siempre atrayéndoles á la alta Beira, quitarles el deseo de penetrar en España. Efectivamente, este plan tan complicado se hallaba cumplido por Massena, pues Ciudad Rodrigo, que nos era bastante útil, estaba abastecida por cuatro meses; Almeida, que nos era inútil, no caía en manos del enemigo sino desmantelada; y tal impresión habían causado á los ingleses las dos jornadas de Fuentes de Oñoro que no pensaban ya en meterse en Castilla la Vieja, al menos mientras el defensor de Génova y de Essling se hallara presente. Sobre la misma batalla de Fuentes de Oñoro, principal acto de este último período, cabe decir que, si Massena descubrió tarde el lado flaco de la posición del enemigo, si perdió la jornada

del 3 de mayo en ataques inútiles contra Fuentes de Oñoro y la del 4 en reconocimientos tardíos, al cabo divisó el verdadero punto de ataque, cosa que tantos generales no distinguen al principio ni al fin de las batallas, y el 5 obró con una fijeza de miras y un vigor de carácter admirables, y que si en este día Reynier se hubiera mostrado más emprendedor delante de Almeida, si Drouet hubiera querido tomar á Fuentes de Oñoro, empleando todo su cuerpo de tropas, si Loissón hubiera caminado más de prisa y más en derechura al verdadero objeto de sus movimientos, si las miserias de la etiqueta no hubieran retenido la guardia imperial, sin duda experimentarían los ingleses un revés sangriento. Justo es añadir que, á pesar de todas estas debilidades y malquerencias, si el mariscal Bessieres no hubiera opuesto á última hora nuevos obstáculos al triunfo, si Massena hubiera obtenido para el amanecer del día 6 las municiones de que necesitaba, acaso todavía, superando con su constancia la constancia inglesa, estuviera en proporción de destruir la fortuna de lord Wéllington, ante la cual debía sucumbir la fortuna de Napoleón más tarde.

A Salamanca volvió, pues, Massena, esperando allí el fallo que se pronunciara en París sobre sus operaciones. Tras de todas las bajezas de que había sido testigo, no le faltaba más que incurrir en la desgracia de su soberano, sobre lo cual nada sabía, aun cuando no distaba de suponerlo, no predisponiéndole á esperar mucha justicia la amargura de su corazón y el conocimiento de los hombres.

A la sazón, el compañero de armas á quien acababa de prestar un gran servicio, sin que él hubiera recibido ninguno, librándole de la presencia de lord Wéllington y de la de una ó dos divisiones inglesas, el mariscal Soult era menos feliz aún y recogía el fruto de las faltas cometidas por todos durante las funestas campañas de 1810 y de 1811. Apenas se pronunció el mariscal Massena en retirada, lord Wéllington envió el cuerpo del general Hill hacia Extremadura, al cual agregó después otros destacamentos con el designio de socorrer la plaza de Badajoz ó de recuperarla, si la habían tomado ya los franceses. Por aquella parte el total de fuerzas ya juntas constaba de dos divisiones inglesas de infantería, de algunos regimientos de caballería igualmente ingleses, de algunas brigadas portuguesas, y en fin de tropas españolas; unas escapadas de la acción del Gévora y otras destacadas de Cádiz. Se podía calcular este ejército en unos treinta y seis mil hombres, de los cuales de doce á trece mil eran ingleses, seis mil portugueses de línea y de once á doce mil españoles. Pasado había el Guadiana por Jurumenha y arrancado la plaza de Olivenza á los franceses que acababan de conquistarla y que, sin tiempo de ponerla en estado de defensa, se hubieron de retirar sosteniendo combates desesperados de retaguardia para meterse dentro de Badajoz. Una división inglesa había acometido esta plaza, donde se hallaba encerrado el general Philippóns con víveres, con municiones, con una guarnición muy decidida de tres mil hombres, y determinado á no rendirla hasta que el enemigo la entrara á viva fuerza. Después de batir el muro á fin de expulsar de allí á los franceses, el resto del ejército anglo-portugués y español tomó posición en la Albuera para cubrir el sitio. Algo más á la espalda se había

apostado el quinto cuerpo, mandado por el general Latour-Maubourg de resultas de haber sido el mariscal Mortier llamado á Francia, aguardando impacientemente un socorro de Sevilla, porque, mermado hasta no contar más que ocho ó nueve mil hombres después que el mariscal Soult hubo partido, desde que hubo de suministrar una guarnición á Badajoz se reducía casi á la nada.

Tales eran los sucesos sobrevenidos en Andalucía mientras el mariscal Massena daba la batalla de Fuentes de Oñoro y hacía saltar las fortificaciones de Almeida. Hallando el mariscal Soult restablecida la seguridad delante de Cádiz por el vigor con que el mariscal Víctor había rechazado á los ingleses y por el retorno de parte del cuarto cuerpo á la provincia de Sevilla, prestó oídos á los gritos de angustia de la guarnición de Badajoz, que se defendía con raro denuedo, y determinó correr en su ayuda. Después de dedicar algunos cuidados á los asuntos de su ejército, de atraer á sí parte del cuarto cuerpo, de poner al mariscal Víctor, no en estado de tomar á Cádiz, mas sí de defender sus líneas en el caso de ser atacadas, y de comunicar de nuevo, tanto á Madrid como á París, la urgencia de prontos auxilios, partió el 10 de mayo con once ó doce mil hombres para unirse en el camino de Sevilla á Badajoz á las reliquias del quinto cuerpo. De consiguiente se puso en marcha, como acaba de verse, al tiempo que Massena volvía á Salamanca.

Ya con el quinto cuerpo, que le aguardaba á las órdenes del general Latour-Maubourg, se hallaba Soult al frente de unos diez y siete mil hombres de excelentes tropas, muy bien dispuestas y entre las cuales se contaban dos mil quinientos jinetes de la mejor caballería. Llegó el 15 de mayo á Santa María y á vista del ejército inglés, que se había situado algunas leguas delante de Badajoz sobre las colinas que hay en torno de la Albuera. Aun cuando los anglo-españoles tuvieran más de treinta mil hombres y Soult no llevara más de diez y siete mil, no vaciló en acometerles, por ser este el único medio de salvar á Badajoz y de ahorrarse la humillación de que ante sus ojos cayera esta plaza que era su única conquista.

A las órdenes del general Beresford estaba el ejército combinado compuesto de la división inglesa de Stuart, las tres brigadas portuguesas del general Hámilton y las tropas segregadas del sitio de Badajoz. Éstas constaban de la división inglesa de Cole y de las tropas españolas procedentes de Cádiz á las órdenes de los generales Blake y Castaños. Diez y siete mil franceses escogidos bien podían hacer cara á treinta mil enemigos, entre los cuales no había más que doce ó trece mil ingleses.

El ejército anglo-español se hallaba situado detrás del riachuelo Albuera muy fácil de cruzar. Su izquierda se apoyaba en la aldea del mismo nombre; su centro, formado con especialidad de ingleses y de portugueses, sobre colinas de poca altura, y su derecha, compuesta de todos los españoles, sobre la prolongación de las mismas colinas, bien que algo á su respaldo, de modo que apenas se les divisaba. Pasando actualmente las tropas traídas del sitio de Badajoz detrás de la línea inglesa, la servían de prolongación y de apoyo.

A la vista de todo el mariscal Soult adoptó el partido de atacar á los ingleses el día siguiente 16 de mañana.

Delante de la aldea de la Albuera, que formaba su derecha y la izquierda del enemigo, colocó al 16 de ligeros con una batería de grueso calibre para cañonearla y simular hacia allí un formal ataque, aun cuando sobre su izquierda y contra la derecha del enemigo estaba decidido á tentar su principal esfuerzo. Determinó llevar dos divisiones, la de Girard y de Gazán, más allá del riachuelo Albuera, y confiarlas el encargo de apoderarse rápidamente de las colinas, sobre cuyo respaldo empezábase á divisar la derecha de los ingleses, y hacer que seguidamente las salvara la caballería apostada á su extrema izquierda á las órdenes del general Latour-Maubourg, y sostener este movimiento con una reserva de infantería mandada por el general Werlé, y cuando se hubiera arrollado de este modo la derecha de los ingleses, tomar por asalto la aldea de la Albuera, que era el apoyo de su izquierda y que nuestra artillería habría ya arruinado de antemano y hecho de casi imposible defensa.

Esperaba el mariscal Soult que atacados los ingleses, con especialidad por su derecha, que abría sus comunicaciones con Badajoz, ofrecería más facilidad el almarlos, y que, batidos en esta dirección, su descalabro podría tener las mayores resultas.

A la madrugada del 16 puso el mariscal en acción sus tropas. Desgraciadamente no fué en persona á hacer que se ejecutaran sus disposiciones sobre el terreno y retuvo muy sobrado tiempo al general Gazán á su lado, pues aun cuando tenía una división bajo su mando, desempeñaba las funciones de jefe de estado mayor, siendo uno de los oficiales de infantería más energicos y más experimentados del ejército. Hubo, pues, escaso conjunto y poca fijeza en los movimientos. Desde muy temprano se colocó en posición á lo largo del riachuelo el destacamento que por nuestra derecha debía atacar la aldea de la Albuera, y rompió un fuego destructor para la población y aun para los ingleses. Formando las divisiones de Girard y Gazán una masa de ocho mil hombres de infantería, entraron también en acción muy temprano, adelantándose en columna cerrada y pasando el riachuelo, que no era un obstáculo para ellas, mientras la caballería del general Latour-Maubourg atacaba la derecha del enemigo operando un movimiento prolongado sobre su izquierda. Por desgracia, ausentes los jefes, cierta falta de aplomo en los movimientos produjo una hora de inmovilidad más allá del riachuelo y permitió á los ingleses tiempo de conducir el grueso de sus fuerzas al lugar del peligro. Por fin, dada la señal del ataque, la división de Girard trepó velozmente por las colinas, seguida de la división de Gazán, que en vez de ir dispuesta algo detrás de manera de poder desplegarse, iba demasiado cerca de la que le precedía. Al propio tiempo que la división de Girard tocaba en la cumbre halló que también llegaba allí el enemigo, y sufrió de los españoles tan mortífero fuego que del 40 de línea, que formaba su extrema izquierda, cayeron trescientos hombres con los tres jefes de batallón, de los cuales uno fué el general Voirol más tarde. A pesar de todo, esta bizarra división continuó marchando vigorosamente adelante y rompió la primera línea compuesta de españoles é ingleses, y acabó de arrollarla una impetuosa carga de nuestra caballería, desplegada á la izquierda de nuestra infantería. Se co-

gieron alrededor de mil prisioneros y muchas banderas; pero en el mismo instante el mariscal Beresford había llevado hacia su derecha todo el resto de la división de Stuart y además la división de Cole. Estas tropas se adelantaban unas desplegadas en línea, otras formando horca para coger á nuestras tropas de flanco. Así la división de Girard se halló cogida de frente y de costado por los fuegos certeros y bien nutridos de los ingleses, de modo que todos los oficiales fueron muertos ó heridos al cabo de pocos minutos. Hubiera sido menester desplegarse para responder á fuegos con fuegos, pero muy cerca una de otra se hallaban en la imposibilidad de maniobrar las dos divisiones francesas, y viéronse obligadas á replegarse por no sufrir un fuego de fusilería tan destructivo como infructuoso. En esto se presentó el general Gazán y el mariscal Soult igualmente, y ambos procuraron rehacer las tropas, mas era ya tarde y hubo que retrogradar más acá del riachuelo. Afortunadamente la caballería de Latour-Maubourg, corriendo á una y desplegándose de una manera amenazadora ante el flanco derecho de los ingleses, atajóles el paso. Por su parte el general Ruty había colocado la artillería sobre las colinas que daban frente á las ocupadas por el enemigo, y desde ellas cubrióle de proyectiles, que aguantó fríamente y sin atreverse á perseguirnos.

Con las balas de nuestra artillería perdieron los aliados casi tanta gente como perdimos nosotros con el fuego de su fusilería y vieron el campo casi tan cubierto por sus muertos como por los nuestros. Separáronse, pues, tras un solo choque, pero de los más sangrientos, habiendo tenido los anglo españoles cerca de tres mil hombres fuera de combate y cerca de cuatro mil nosotros. Así después de la batalla de Vimeiro una especie de fatalidad hacía que la bravura heroica y la destreza de maniobrar de nuestras tropas fueran impotentes contra el frío valor de los ingleses. Éstos tomaban posición sobre un terreno bien escogido, se limitaban á mantenerse allí con firmeza, sin ejecutar otro movimiento que el de trasladar al punto amenazado las fuerzas que nuestros ataques desparramados dejaban disponibles, y acometiéndolos nosotros con un ímpetu incomparable, aunque sin conjunto y sobre todo sin perseverancia, nos retirábamos sin que perdiéramos la batalla realmente, pero también sin otro fruto que grandes pérdidas de hombres y una especie de despecho en nuestros soldados que podía muy bien degenerar en desaliento. No habían presentado otras vicisitudes las batallas de Vimeiro, de Talavera, de Fuentes de Oñoro, de la Albuera. Sin embargo, en Fuentes de Oñoro habían sido bien atacados los ingleses, aunque tarde; mas no faltando el genio del caudillo, faltó la buena voluntad de sus lugartenientes. Sólo hubo dos combates, el de Roliça, dado por el general Delaborde, y el de Redinha, dado por el mariscal Ney, en que, sabiendo dejar á los ingleses la desventaja de la ofensiva, tratóseles muy rudamente. En todas las demás ocasiones por falta de cálculo y de fijeza se esterilizaron el valor, la inteligencia y la paciencia de nuestras tropas. ¿No nos depararía la fortuna un día en que, ayudado el mérito de nuestros soldados por los hábiles cálculos del general en jefe, alcanzáramos al fin la victoria tan impacientemente esperada y comprada á tan caro precio? Esto hacía ansiar tanto que Napoleón fuera en persona á mandar el ejército francés contra los

ingleses. ¿Quién podía prever entonces la coyuntura en que los encontraría á la postre? ¡Ni los espíritus más perspicaces, aun empezando á concebir tristes presentimientos, vislumbraban que había de ser un día funesto, en que todo su genio no pudiera suplir nuestros recursos enteramente destruídos!

Tal era la situación de las cosas de España en el mes de mayo de 1811, tras los grandes esfuerzos tentados por Napoleón inmediatamente después de la paz de Viena. En Portugal, después de la toma de las plazas fronterizas, después de hacer punta hacia Lisboa, después de pasar medio año delante de las líneas de Torres-Vedras, se había visto obligado Massena á emprender la retirada, y para no consentir que á su vista se reconquistaran las dos plazas, que eran el único trofeo de esta campaña, acababa de dar en Fuentes de Oñoro una batalla sangrienta é indecisa, bastante no más que á contener á los ingleses, habiéndose lisonjeado de expulsarlos de Portugal en el principio. De setenta mil hombres que debió tener y no tuvo, de cincuenta mil que poseyó verdaderamente, se veía reducido á treinta mil soldados, agotados de fatiga, cansados, necesitados de una organización nueva del todo.

Hacia el Mediodía de España, después de haber invadido el mariscal Soult la Andalucía, ocupado á Córdoba, Sevilla, Granada, casi sin disparar un fusilazo, estaba delante de Cádiz ya hacía quince meses, sin hacer otra cosa que tomar algunas baterías alrededor de la rada, y si bien había tomado á Badajoz en Extremadura, veíase obligado, á semejanza de Massena, á dar una grande batalla para salvar esta conquista, pues corría el riesgo de que se la arrebataran ante sus ojos. De ochenta mil hombres estaba reducido, por efecto de los calores y de las marchas continuas, á treinta y seis mil á lo sumo, tan cansados como los del ejército de Portugal, bien que menos en desorden porque hacían la guerra en un país rico, donde sufrieron menos privaciones, y también porque habían recibido menos malos ejemplos de parte de sus jefes inmediatos.

Muy poco numeroso el ejército del centro á las órdenes de José, nada había ejecutado de nota, atendiendo sólo á mantener las comunicaciones con Andalucía, á dispersar hacia Guadalajara las bandas del Empecinado y á sustentar tranquila toda la provincia de Toledo. Sin interrupción había sido atormentado el ejército del Norte por los guerrilleros de las dos Castillas. Con infatigable actividad y rara energía había combatido el general Bonnet á los montañeses de Asturias, viendo sin embargo interrumpidas á menudo sus comunicaciones con las Castillas y con Vizcaya. Tiempo y fuerzas perdía el general Reille en correr detrás de Mina por Navarra, sin lograr nunca proteger los convoyes. Sólo una provincia presentaba apariencias de sumisión, de orden, de reposo, y era la de Aragón, como si la larga resistencia de Zaragoza hubiera agotado el odio de los habitantes, y donde la cordura del general Suchet se había atraído los corazones fatigados por tamaño desastre. Soberano este general, por decirlo así, en una provincia por donde no pasaban los ejércitos que iban á España, pudo regularizar la administración, tratar al país con miramientos y satisfacer las necesidades de los soldados. Teniendo que vencer, no á ingleses, sino á españoles, bien que en la guerra de sitios, que era la que

mejor sabían hacer, había llevado su conquista paso á paso, y después de apoderarse de Mequinenza, de Lérida, de Tortosa, disponíase á acometer á Tarragona, la más difícil de sojuzgar de todas las plazas de España; pero tan perfectamente había tomado sus disposiciones que había motivo para esperar el buen suceso. Con todo, hasta en esta comarca había acibarado un incidente infausto la satisfacción que experimentaba, á saber: la sorpresa de Figueras, entregada al enemigo por un empleado de provisiones, español de cuna. Acto continuo fué enviada la reserva destinada al principado de Cataluña á fin de que viera de recuperar este castillo.

Al triste cuadro que presentaban los sucesos militares hay que añadir el que ofrecía la corte de Madrid, y que era no menos afflictivo. Encerrado José en su capital; no teniendo autoridad más que sobre el ejército del centro, compuesto sólo de unos diez mil hombres útiles; tratado más que ligeramente por los jefes de los ejércitos y con especialidad por el mariscal Soult, á quien, con razón ó sin ella, acusaba de la más negra ingratitud; reducido á una especie de indigencia por falta de tesoro; careciendo hasta del consuelo de poder hacer dichosos á sus favoritos, pues ya no tenía qué darles; desconsolado por las noticias que de sus dos ministros enviados á París recibía; llegándole hasta Madrid el eco de las burlas de su hermano, que harto severo con sus debilidades, no tomaba en cuenta sus verdaderas dotes; entregado á una desesperación sombría, pensaba á veces en abdicar, á imitación de su hermano Luis, y fluctuando alternativamente entre el disgusto de reinar de aquel modo y el temor de dejar de reinar por completo, había pedido licencia para ir á la capital de Francia, bajo pretexto del parto de la emperatriz. Déspota inflexible Napoleón, al par que hermano afectuoso, accedió á su ruego, destinándole un papel muy honorífico durante su estado en aquel punto, el de padrino del heredero del imperio, esperado á la sazón con entera confianza en la fortuna. Por abril partió José casi tan apesadumbrado como si el enemigo le hubiera expulsado de su capital para siempre. A este punto llegaba por el mes de mayo de 1811 la obra de Napoleón en España, ¡cómo si valiera la pena de trastornar á Europa el extender á ella su autoridad por la mano esclava y atormentada de sus hermanos!

¿Por qué las campañas de 1810 y de 1811, de las cuales se había prometido tanto, correspondieron tan poco á las esperanzas concebidas? Casi es inútil decirlo después de la sincera exposición de los hechos que hemos presentado y todo el mundo comprende sin que nada tengamos que añadir á nuestro relato: sin embargo, resumiremos aquí lo que inspire, con el fin de que reconcentrada la luz, aparezca más esplendente.

Una vez cometido el yerro de querer dominar, avasallar, transformar el mundo en algunos años, añadió Napoleón todos los errores que se derivaban del primero; añadió el prurito de quererlo hacer todo á la vez en España, como lo quería hacer todo á la vez en Europa; luego, lo que sigue comunmente á las empresas descabelladas, la necesidad de forjarse ilusiones, de engañarse para excusarse ó desvanecerse; tras de las ilusiones las órdenes vagas, en disonancia con los hechos; después, en fin, descuidos, casi distracciones, haciendo traición al genio, que sucumbe debajo del peso de una am-

bición desenfadada. Así consumado el yerro de querer avasallar á una nación como la nación española, á la cual se hubiera podido domar á pesar de todo, gastando el tiempo y las fuerzas necesarias, fuera menester á lo menos que la ejecución no se asemejara á la concepción de tal designio, y que no se pretendiera sojuzgar á un mismo tiempo el Norte y el Mediodía, Valencia, Andalucía y Portugal. En 1810, con las fuerzas que dejaba disponibles la paz de Viena, hubiera convenido correr hacia los ingleses, revolver contra ellos los ejércitos de la península y perseguirlos en Portugal hasta precipitarlos al Océano. Pero la esperanza de señorear la Andalucía, mientras Portugal era invadido, y de conquistar así el Mediodía de un solo golpe, fué causa de que se diseminaran desde Granada á Badajoz no menos de ochenta mil soldados, los mejores que poseía Francia, y de que privado el ejército de Portugal de los socorros con que había contado, no pudiera llevar á remate su empresa. Muy pronto, á este desparrame de recursos se juntaron las ilusiones, porque la primera necesidad que se experimenta, después de cometidos los yerros, es la de no confesarlos; y después de las ilusiones vino inevitablemente la falta de oportunidad de las órdenes dadas desde tan lejos y fuera de la realidad de las cosas. Sin duda, con su grande experiencia, con su genio penetrante, sabía muy bien Napoleón las mermas espantosas de sus ejércitos por consecuencia de las marchas, de las fatigas, de los combates, de los calores del verano, de los fríos del invierno; sabía lo por haber sido testigo de ello bajo climas no tan devorantes á la verdad como el de España, y sin embargo, no quería admitir que los ochenta mil hombres del mariscal Soult estuvieran ya reducidos á treinta y seis mil tan sólo, ni que Massena contara en vez de setenta mil soldados, con cincuenta mil al principio, con cuarenta y cinco mil de allí á poco y con treinta mil á la postre. Lo creía á veces, después dejaba de creerlo, y bien por necesidad de engañarse, bien por autorizarse á exigir más de sus lugartenientes, tomaba por la base de sus planes guarismos que sabía ó sospechaba ser falsos en una tercera ó cuarta parte, y seguía mandando cual si los recursos que daba por supuestos fueran efectivos. Y al cabo, si hubiera mandado con su habitual energía, quizá aun siendo la exigencia de sus órdenes injusta, removiera ciertas dificultades, por ejemplo las procedentes de la mala voluntad, de la debilidad ó de la prudencia extremada. Así, habiendo prescrito expresamente al general Drouet que marchara al socorro del ejército de Portugal con sus dos divisiones, y al mariscal Soult que lo sacrificara todo, hasta la Andalucía, por auxiliar al mismo ejército, en quien estaba vinculado el destino de España y de Europa, quizá se hubiera dado cima al grande objeto de la guerra, expulsando de la península á los ingleses. Pero con las dudas que había conservado sobre la realidad de las fuerzas que atribuía á sus generales hallándose á tan larga distancia de ellos, no se atrevía Napoleón á dar órdenes absolutas, por saber que tal vez ordenara desastres prescribiendo cosas que se concibieran imposibles sobre el terreno. Por tanto, mandaba á Drouet socorrer á Massena, bien que sin perder sus comunicaciones; recomendaba al mariscal Soult socorrer también á Massena, bien que sin imponerle bajo pena de desobediencia, sobre todo sin autorizarle para los sacrificios que